



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

TRABAJO FINAL DE GRADO

Modalidad: Monografía

**Entre estragos: un recorrido teórico impulsado desde la clínica**

Tutora: As. Mag. Sandra Sena

Revisora: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

Susan García - C.I.: 3.823.056-6

Montevideo, octubre de 2020

## Índice

<b>Resumen</b>	3
<b>Introducción</b>	4
<b>Capítulo 1: Descubriendo un vínculo particular</b>	
Un vínculo que se repite	6
Ese gran otro primordial, un breve recorrido en la obra de Freud	9
<b>Capítulo 2: En esa relación de dos, aparece un tercero</b>	
Lacan y la tríada madre - hija - falo	12
Lacan y el complejo de Edipo	13
Un encuadre que habilita a escuchar	17
<b>Capítulo 3: El estrago materno</b>	
Al inicio, fue el estrago materno	18
Manifestaciones clínicas del estrago	24
<b>Capítulo 4: Más allá del estrago materno</b>	
El padre como protagonista	26
Lógicas patriarcales invisibles y naturalizadas	29
<b>Consideraciones finales</b>	31
<b>Referencias bibliográficas</b>	34

## Resumen

Sobre un entramado entre la clínica y la teoría es de lo que busca dar cuenta el presente Trabajo Final de Grado. Tomando como punto de partida los recorridos realizados en las distintas prácticas pre-profesionales de los Ciclos de Integral y Graduación, se buscarán plasmar distintos desarrollos teóricos que habilitaron la escucha y una posible aproximación a identificar e interrogar los hilos que tejen una temática común que atraviesa a muchas mujeres que acuden a los distintos Servicios de Atención de la Facultad de Psicología. El estrago materno actuó como disparador en primer instancia, por lo que se traza una posible revisión de sus fundamentos como concepto psicoanalítico acompañado de una posible reflexión clínica. Un ejercicio que al final termina encontrando otras interrogantes referidas a la cuestión de lo femenino y lo paterno en la teoría psicoanalítica.

*Palabras clave:* vínculo madre – hija, repetición, feminidad, complejo de Edipo, estrago materno

## Introducción

El presente Trabajo Final de grado busca dar cuenta de un desarrollo teórico inspirado en el tránsito clínico pre-profesional. A través del encuentro con un otro que demanda la consulta se posibilita la configuración de un entramado donde no solo se pone a prueba y se ejercita lo aprendido durante el recorrido académico, sino que habilita una escucha y una mirada que permite articularlo, re-leerlo, comprenderlo, no entenderlo, criticarlo, compararlo e interrogarlo, incitando un espíritu de búsqueda de un saber y también un no saber, que posibilite alojar el enigma, el sufrimiento y las vicisitudes de un otro complejo.

Las distintas prácticas que la oferta educativa me permitió transitar instauraron una responsabilidad más allá de la aprobación de lo curricular, constituyéndose como un compromiso ético que obliga también un saber hacer con aquello que se dice saber. Ciertamente las ansiedades y la incertidumbre acompañan el proceso desde el inicio, convirtiéndose en lo que catapulta los múltiples movimientos desplegados.

Salir al encuentro del otro y con el otro se dispone no sólo como un desafío y un poner a prueba, sino que, desde mi experiencia, es muestra de lo maravilloso de la profesión que se ha elegido ejercer. A pesar de los desencuentros y los obstáculos que sin duda fueron también parte del camino recorrido, las prácticas que habilitaron el ejercicio pre-profesional lograron allanar la travesía, potenciando el deseo de conocer, de investigar y el amor por esta ciencia, que en sus postulados, muchas veces es esquiva a las certezas; haciendo de la psicología psicoanalítica un arte en continua co-construcción y co-producción con otros.

El presente trabajo intenta dar muestra de este “tejer” con el otro y desde el otro, capturando el tránsito por las prácticas como disparador e intentando un diálogo con distintos autores. Se buscará articular la experiencia clínica con la teoría psicoanalítica como marco de referencia.

La participación en los dispositivos prácticos permite constatar que la demanda de la clínica ha crecido notoriamente los últimos años, como si la sociedad viniera abandonando de a poco aquel estigma en el que locura y psicología iban de la mano, estrechamente

vinculados. Tal es así, que los distintos servicios que brinda la Facultad de Psicología para ofrecer atención psicológica a la comunidad, están desbordados. Largas listas de espera enumeran nombres y motivos de consulta; y son meses los que separan el momento de inscripción del primer encuentro en que el consultante puede comenzar a desplegar su malestar y su sufrimiento.

En este contexto de mayor apertura, siguen siendo las mujeres quienes demandan atención con mayor frecuencia. Una afirmación fruto de la observación y no de un estudio estadístico. La experiencia clínica pre-profesional transitada estuvo protagonizada por el decir de consultantes mujeres. Adolescentes, jóvenes y adultas con circunstancias de vida tan variadas como los motivos que las impulsaron a buscar ser escuchadas. En este escenario de diversidad y diferencia, la reflexión y lectura de los discursos dejaba entrever algo que aparecía como factor común bajo los distintos padecimientos narrados.

No fue hasta el encuentro con la última consultante, en la práctica de Graduación, que pude dar cuenta de este hecho y comenzar a trazar puntos de encuentro entre el material surgido durante esa intervención y las anteriores realizadas en las prácticas de Integral. La trama que fue desarrollándose era bien distinta a las anteriores, sin embargo, había algo que se repetía y que había estado presente también en las otras escuchas: la problemática compleja que deviene del vínculo particular entre madre e hija.

Distintas hijas y distintas madres, distintos escenarios, distintas circunstancias y contextos unidos por un denominador que empezaba a ser común: quejas y reproches, culpas y mandatos, ausencia y excesos, angustia y sufrimiento. Toda una trama enigmática parecía entretejerse detrás de aquel vínculo mostrando su rasgo más mortífero. El deseo de la madre aparecía en escena interrogando y abriendo múltiples cuestionamientos sobre su imbricación en la subjetividad de aquellas mujeres

Los motivos de consulta denunciaron la más amplia gama de exigencias al Otro materno: desde la no valoración, deficiencia del amor demostrado e incapacidad de cuidar y sostener, hasta la presencia en exceso en sus modalidades de sobreprotección e intromisión.

En el vínculo con esas madres resaltaba algo que, con peculiaridades distintas, parecía haber conservado la potencia de la ligazón – madre de los inicios de la vida y tenían efectos visibles que permeaban y limitaban el accionar de sus hijas produciendo malestar y

sufrimiento. Había algo allí que no trataba de una demanda caprichosa, pisaba fuerte en las líneas de los distintos discursos y requería, por tanto, comenzar a trabajar en una posibilidad de escucha que habilitara un abordaje de, lo que hasta ese momento, era desconocido y que parecía ser el núcleo del asunto: una particular relación madre-hija que hacía estragos.

En la búsqueda de un acercamiento a esta problemática, se comenzará con un recorrido en la obra de Freud y Lacan sobre los desarrollos que dan cuenta de este vínculo haciendo intervenir a otros autores como Colette Soler, Jacques Allain Miller, Joyce McDougall y Juan David Nassio. Posteriormente se intentará un acercamiento al concepto de estrago materno junto a una posible mirada clínica desde la teoría lacaniana. Finalmente se abordan algunos desarrollos de Ana María Fernández que posibilitan una mirada más allá del estrago materno.

## **Capítulo 1: Descubriendo un vínculo particular**

### **Un vínculo que se repite**

El vínculo madre-hija como terreno de diversas conflictivas fue el primer elemento común que se logró destacar del discurso de las diversas consultantes. En distintos momentos y circunstancias, la relación con el otro materno representaba una problemática difícil de abordar para estos sujetos femeninos. Un segundo elemento constató esta dificultad perpetuándose en el inconsciente de las consultantes: el modo de vincularse de estas mujeres con otros protagonistas de sus novelas familiares, tenían semejanzas significativas con respecto a las características relacionales madre-hija. Principalmente a la hora de hablar de sus parejas, la dinámica vincular que se detallaba, daban muestra de varios puntos de encuentro con los denunciados en la relación con sus madres.

En este sentido, repetir la manera de vinculación que se presenta como la nodal en torno al padecimiento de estos individuos es muy significativo. Es una expresión casi palpable del inconsciente que ahí está, haciendo de las suyas, sin que el sujeto pueda darse cuenta de ello. En esta línea Juan David Nasio (2013) dice algo muy interesante:

Nuestra vida late al ritmo de la repetición que el inconsciente impulsa. Más que ninguna otra cosa, el inconsciente es la fuerza que nos impulsa a reproducir **activamente**, desde la primer infancia, el mismo tipo de apego amoroso y el mismo tipo de separación dolorosa que jalonan inevitablemente nuestra vida afectiva; en este caso es una repetición sana y el inconsciente una pulsión de vida. Pero el inconsciente es también la fuerza que nos empuja a reproducir **compulsivamente** los mismos fracasos, los mismos traumatismos y las mismas conductas enfermas; en este caso, la repetición es una repetición patológica y el inconsciente una pulsión de muerte. (p.12)

Siguiendo a Nasio (2013), al hablarnos sobre la elección amorosa de la mujer, establece que la madre es más determinante que el padre, puesto que se suele repetir la ligazón preedípica con el otro materno a la hora de elegir un partenaire. “La mujer elige a su compañero primeramente bajo la influencia de la relación inconsciente, irrazonada, con la madre (...) la mujer repite con su marido el vínculo conflictivo apasionado establecido con su madre durante la infancia o la adolescencia.” (p,33)

Esta primera relación de la niña con la madre, toma una importancia trascendental, puesto que los vínculos posteriores del sujeto la tomarán de molde. Pero antes de ocuparnos de ella, y para culminar con el concepto de repetición que se ha tomado del autor, es interesante prestar atención a la causa que habilita el repetir inconsciente:

(...) el motor de nuestras repeticiones, la causa que nos impulsa a elegir siempre un ser amado semejante, que nos conduce a repetir la misma manera de amar y de sufrir con el amor, la causa que nos lleva a retornar incansablemente al mismo tipo de apego afectivo; esa causa es el retorno en el presente de una experiencia precoz, altamente excitante y emocionalmente intensa. (Nasio, 2013, p. 72)

El inconsciente se manifiesta como repetición, repetición de lo mismo. Aquello que no encontró significación, que fue forcluido del orden simbólico, retorna buscando un lugar en la cadena significante. En esta misma manifestación, el sujeto encuentra una manera de gozar, es decir, lo que no fue asimilado, las emociones experimentadas que no encontraron representación consciente y fueron reprimidas, irrumpen luego en lo real en búsqueda de su satisfacción, de un anclaje simbólico que desmonte la energía psíquica no anudada hasta ese momento.

Marucco (2007) plantea que, en la clínica actual, los consultantes se interrogan cada vez más acerca de su compulsión a la repetición preguntándose la razón que los lleva, una y otra vez, a cometer los mismos errores y tropezar con la misma piedra. Sostiene que una de las funciones del analista es la de intentar introducirse a modo de corte de ese círculo que lleva al sujeto a quedar fijado en una repetición que no logra descifrar y donde se pierde a sí mismo.

En este sentido Lacan establece en su seminario XI:

Es evidente que la gente con que tratamos, los pacientes, no están satisfechos, como se dice, con lo que son. Y no obstante, sabemos que todo lo que son, lo que viven, aún sus síntomas, tiene que ver con la satisfacción. Satisfacen a algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos, lo satisfacen en el sentido de que cumplen con lo que ese algo exige. No se contentan con su estado, pero aun así, en ese estado de tan poco contento, se contentan. El asunto está justamente en saber qué es ese se que queda allí contentado. (Lacan, 1964/2011, p.173)

Lo antes expresado se convierte en un punto medular en el presente trabajo. El recorrido es impulsado desde allí, en la búsqueda de eso que obliga a las consultantes a repetir algo de aquel vínculo que no las contenta, pero a la vez, termina contentándolas. Sus deseos parecen estar amarrados en satisfacer alguna cosa, que a la vez, produce el malestar que traen a consulta. De allí parte el enigma. Para lograr una aproximación a lo planteado, se

rastreará primero en Freud y luego en Lacan, aportaciones que posibiliten pensar sobre el vínculo madre-hija.

### **Ese gran otro primordial, un breve recorrido de la obra de Freud**

La omnipotencia de la figura materna es lo característico del inicio de la vida de todo sujeto. Es la madre quien responde a la llamada del bebé, quien interpreta sus demandas y de quien depende el acceso a los objetos de satisfacción. Este primer vínculo con el otro materno va a modelar toda la primera experiencia del niño. La intervención materna resulta imprescindible ante la indefensión del cachorro humano, esta figura es la encargada de proveer las primeras significaciones del nuevo ser. Es la ley materna, en tanto que portadora de significantes, quien descifra las demandas primeras e introduce al bebé en el mundo del código y del deseo.

Freud fija su atención en la relación de la niña con su madre en su búsqueda de arrojar luz sobre la cuestión de lo femenino. Saber qué desea una mujer se presentaba como un enigma para el padre del psicoanálisis. Fue a través de la clínica con sus pacientes entonces, escuchando el discurso de muchas mujeres, que logró algunos virajes importantes en sus desarrollos. En este sentido, Silvia Amigo (2005) recuerda que el psicoanálisis nace de la mano de las mujeres, ya que ante su deseo de casarse con su prometida, Marta, instala su consultorio para obtener los recursos para la boda. La mayoría de las pacientes que recurrieron a él eran mujeres que si bien acudían al Freud neurólogo en aquella época, no presentaban patología orgánica alguna, sino que padecían de histeria. Así fue como, en un primer momento de la mano de Breuer, Freud se sumergió en la escucha del padecer de estos sujetos. Ana O. se convierte en la segunda mujer protagonista de los inicios psicoanalíticos siendo el primer caso presentado en los historiales clínicos en “Estudios sobre la histeria” (1893-1895/1992). Los métodos utilizados y las interrogantes que le plantea el proceso llevado adelante con Ana O., produce el rompimiento de su relación con Breuer. Es así que Freud comienza a depositar en la escucha y en la transferencia los pilares fundamentales de su teoría. Dar lugar a lo que la mujer tiene para decir e intentar comprender su malestar, es ya un hecho revolucionario para la época.

Al inicio de su producción teórica, ya en su "Proyecto de Psicología" (1895/1992), adjudica un rol fundante al lugar de ese otro materno, como aquel auxilio ajeno que, a través de su experiencia, opera como intermediario entre el niño y sus vivencias de satisfacción.

En "Tres ensayos de teoría sexual" (1905/1992), Freud enumera las fases que atraviesa el niño en su experiencia primera, donde la madre es la encargada de interpretar sus necesidades y erogenizar el cuerpo pulsional del infante. La meta de incorporación de objeto es posibilitada en la fase oral-canibólica protagonizada por la dependencia absoluta del niño respecto a la madre nutricia, siendo la satisfacción oral el punto de anclaje. En la fase sádico-anal se constituye la dialéctica del don y el regalo a través de la incorporación de las normas en relación al objeto anal mediante la función materna. El placer que le produce al niño el retener y el expulsar, lo coloca en una relación de ambivalencia con respecto al objeto anal, lo que habilitará anclar su posición frente al pedido materno a través de la obediencia o la rebelión. "(...) como Freud lo plantea en 'La organización genital infantil', es en el marco de la fase fálica donde la imago materna sufre una transformación radical, pues allí se desencadena el florecimiento del drama edípico y del complejo de castración." (Zawady, 2012, p.175)

El complejo de castración es desarrollado por Freud como una etapa en la evolución sexual infantil en la que el niño constata por vez primera la diferencia entre hombre y mujer y echa por tierra su deseo incestuoso de ser uno con la madre. Siguiendo a Colette Soler (2008) este complejo es utilizado por Freud para dar cuenta de que los seres humanos no constituyen su sexualidad en base directamente proporcional a su anatomía, lo biológico no designa por sí solo qué es ser un hombre o una mujer. El ser sexuado es una construcción y el complejo de castración se convierte en su plataforma. En un primer momento, este complejo es presentado por igual para varones y niñas. Ambos comparten la universalidad del pene, es decir, creer que todos los seres humanos son anatómicamente iguales. Luego Freud entenderá que el complejo de castración en la niña se desarrolla de un modo distinto al del varón. En la observación de algún hermano o varón cercano, la niña distinguirá el pene que ella no tiene. Se pregunta si acaso su clítoris luego crecerá y será como el del varón. Pero luego asumirá que su pene le fue cortado, se sabrá castrada y deseará tenerlo de nuevo. El complejo prosigue con el descubrimiento de que también su madre está castrada al igual que

todas las mujeres. La hostilidad hacia la madre por hacerla culpable de esa falta y por la no valoración de su cuerpo distinto de mujer es producto de este descubrimiento.

Este desencuentro con la madre lleva a la niña a separarse por segunda vez de ella (la primera se produce a la hora del destete) y tomar al padre como objeto de amor. De este modo la niña sale del complejo de castración y entra en el complejo de Edipo, haciendo del padre su objeto de amor y mudando la envidia del pene por un deseo de tener un hijo del padre. El sepultamiento del complejo de Edipo “se consumaría a través de múltiples frustraciones respecto del padre, hasta sustituirlo por otro hombre” (Zawady, 2012, p.178). La forma de mayor éxito, según Freud, que una mujer encontrará a la salida del Edipo, como normalizante de lo femenino, es convertirse en madre. De este modo, equiparará el ser mujer a la maternidad, como el desenlace último del desarrollo de la niña. En este sentido Soler (2008) dirá que la mujer freudiana es definida desde la perspectiva de su castración. No poseer el falo es la característica que determinará su destino y la impulsará a ir en busca del amor de un partenaire macho que le pueda proporcionar lo que no le fue dado. La feminidad dependerá, de este modo, de una alianza con el hombre, portador del falo, y por tanto capaz de otorgar el estatuto de ser mujer si accede, en un primer momento a dar su amor y luego a dar el hijo; es decir, el pene simbolizado.

En “La feminidad”(1933/1996) Freud se cuestiona sobre el desarrollo del complejo de Edipo en la mujer y habla del concepto de ligazón-madre primitivo y arcaico para intentar arrojar luz sobre la cuestión de lo femenino. Se apoya en ese constructo para poder explicar lo que observa como un retorno al originario materno, una fijación a la madre pre-edípica que se hace presente en la vida adulta de muchas mujeres.

Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón-madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones. Durante este período el padre es solo un fastidioso rival; en muchos casos la ligazón-madre dura hasta pasado el cuarto año. Casi todo lo que más tarde hallamos en el vínculo con el padre preexistió en ella, y fue transferido de ahí al padre. En suma, llegamos al convencimiento que no

se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la *ligazón-madre preedípica*. (Freud, 1933/1996, p,111)

De este modo, Freud coloca en el centro, como protagonista del desarrollo subjetivo y la estructuración psíquica de la mujer, el vínculo primitivo con la madre. Un vínculo que parece exclusivo, ajeno a la intervención paterna.

## **Capítulo 2: En esa relación de dos, aparece un tercero**

### **Lacan y la tríada madre - hija – falo**

En el capítulo anterior se desarrolló una aproximación desde Sigmund Freud en relación a lo materno y al vínculo primordial madre-hija como estructurante de la posición psíquica de la mujer. Se consideró un movimiento previo necesario para dar paso en este tramo a algunos de los postulados que Jacques Lacan desarrolla a lo largo de sus seminarios. Éste autor, en su relectura de Freud, va a colocar también en el centro de la cuestión femenina la relación con el otro materno, pero situándose desde otras lógicas e introduciendo nuevos elementos.

En el seminario IV (1956-1957/2008), Lacan habla de esta madre omnipotente que convierte los objetos de satisfacción en objetos de don, pues se depende de ella para el acceso a ellos, la voluntad materna aparece como mediadora. Y va a introducir un tercer elemento en la díada madre-niño que es el falo, produciendo una tríada imaginaria que guiará el transcurso de la fase preedípica.

El falo imaginario es un significante que entra en escena para romper la simbiosis primera del niño con su madre. Se instaura a partir de los primeros juegos de presencia-ausencia donde la madre se convierte en el primer agente de frustración, comenzando a moldear las primeras experiencias del sujeto. De aquí en más el niño comenzará a experimentar una serie de decepciones de ese otro materno que puede responder arbitrariamente a sus demandas. Posteriormente constatará que esa madre omnipotente

primitiva, también es deseante y que no sólo puede desear algo distinto de él, sino que está atravesada por la castración; es decir, no posee el falo, siempre deseará algo.

La madre se convierte entonces en agente de frustración, porque puede privar de los objetos imponiendo su ley materna a su voluntad. Pero es también un ser insatisfecho buscando qué devorar, buscando colmar su falta de ese objeto imaginario fálico, que ella no tiene y por tanto no puede darlo. El niño, a modo de señuelo, buscará taponar esa falta, completar a esa madre, ser aquello que le falta. Para lograr este cometido, el sujeto puede adoptar distintas posiciones: identificarse con la madre, identificarse con el falo, identificarse con la madre portadora del falo o presentarse él mismo como portador de ese significante. De este modo el pequeño infante buscará asegurar que puede colmar a ese otro materno, obturar su castración.

Para satisfacer lo que no puede ser satisfecho, a saber, el deseo de la madre, que en su fundamento es insaciable, el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo el objeto falaz. Este deseo que no puede ser saciado, es cuestión de engañarlo. (...) Esa madre insaciable, insatisfecha, a cuyo alrededor se construye toda la ascensión del niño por el camino del narcisismo, es alguien real, ella está ahí y como todos los seres insaciables busca qué devorar *querens quem devoret*. (Lacan, 1956-1957/2008, p.197)

### **Lacan y el complejo de Edipo**

La tríada imaginaria preedípica (madre-niño-falo) es el antecesor de la relación simbólica que es inaugurada por la función paterna en la dimensión del Edipo (niño-madre-falo-padre). La función paterna actúa como interdictor, siendo responsable de la gran decepción que es para el niño constatar que la madre no es sólo para él. Entra en escena esta nueva figura que operará como aquél que puede dar a la madre lo que no tiene.

Según Lacan (2010), el Edipo es lo primero que revela el inconsciente, detrás de la amnesia infantil, es donde se encuentran reprimidos los deseos primitivos por la madre. El sujeto ha olvidado que esos deseos son primordiales y que siguen estando presentes, aunque escondidos, sin tener noticia de ellos. La principal función del Edipo, según el autor, más allá de ser el fundamento de nuestra relación con la cultura, tiene que ver con la manera en que el sujeto asume su condición de ser varón o mujer.

A este respecto Nasio (2013) nos dice que, en el Edipo, de lo que se trata en realidad es de aprender a canalizar un deseo incontrolable, que desborda al sujeto. Es una lucha de fuerzas entre el deseo del niño, de tomar a los padres como objeto sexual, y la ley de la civilización que busca sofocarlo y convertir ese deseo incestuoso en uno socializado. Es a través del Edipo que el sujeto constata por vez primera que jamás podrá satisfacer todos sus deseos y la manera en que sortea esta crisis infantil tendrá efectos en toda su vida futura.

En efecto, la experiencia vivida del seísmo edípico se graba en el inconsciente del niño y perdura a lo largo de toda la vida como una fantasía que habrá de definir la identidad sexual del sujeto, que habrá de determinar numerosos rasgos de su personalidad y que fijará su aptitud para manejar los conflictos afectivos futuros. (Nasio, 2013, p.16)

Continuando con Lacan, quien en el seminario IV había hablado de la tríada imaginaria preedípica, a la hora de hablar del Edipo y la lógica de la castración, en el Seminario V, dispone que esa tríada madre-niño-falo se corresponde con el primero de los tres tiempos en los que descompone, para su estudio, el Edipo. "Primer tiempo. Lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de su madre, es decir, *to be or not to be* el objeto de deseo de la madre." (Lacan, 1957/58-2010, p.197)

Es en este momento que Lacan va a hablar de la metáfora paterna, introduciéndolo como un significante que viene en el lugar de otro significante (el materno). En el primer tiempo del Edipo, el padre aparece velado, no se manifiesta en lo real, pero conocemos de él a través de la ley materna que, como toda ley, se inscribe en lo simbólico.

Pero, como se ha planteado, hay un algo más allá de la madre, el deseo de otra cosa, y ese deseo debe apoyarse en el orden simbólico, pues es el encargado de materializar la demanda, le toma prestadas sus palabras, la madre es un ser hablante. El significante Nombre del Padre es el que apoya esa ley simbólica, el que la promulga. Es el Otro en el Otro dice Lacan, el encargado de realizar la mediación para alcanzar el más allá el deseo de la madre.

El primer tiempo del Edipo se corresponde con la etapa fálica primitiva, aquella en la que el niño se identifica con el falo, es súbdito del deseo de la madre. “Es un súbdito porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende, aunque este capricho sea un capricho articulado.” (Lacan, 1957-1958/2010, p. 195)

La función paterna deja de estar eclipsada por la omnipotencia de la madre en el segundo tiempo del Edipo, donde el padre entra en juego como portador de la ley, interponiéndose como obstáculo entre el niño y la madre, actuando como privador de ese otro materno. La identificación a la madre requiere ser mudada a una identificación a la ley paterna en la que se inscribe la castración materna, es decir, que la madre es deseante de un objeto que el Otro tiene o puede no tener.

¿De qué manera el padre se convierte en obstáculo en este tiempo? Lacan explica que lo hace mediante el discurso de la madre, en forma de un mensaje, enunciando una prohibición. “Este mensaje no es simplemente el *No te acostarás con tu madre*, dirigido ya en esta época al niño, es un *No reintegrarás tu producto*, dirigido a la madre.” (Lacan, 1957-1958/2010, p.208)

Las posiciones que habían sido adoptadas en la etapa fálica son cuestionadas y obligadas a mudar en otras por la interdicción paterna. El niño es desalojado de su identificación fálica al descubrir que el deseo de la madre es deseo de otra cosa, la metáfora paterna opera dejando al descubierto la castración materna, su deseo depende de un objeto que el Otro puede o no tener. Esa es la ley que introduce el padre y a la que el niño va a ligarse en esta etapa, pasando el falo de su estatuto imaginario a simbólico.

El tercer tiempo y final del Edipo es donde se produce la identificación con el padre que se revela, en este momento, como el que tiene lo que la madre desea, se erige como el

portador del falo. Este padre, que opera ahora en lo real, va a ser sede de identificaciones del niño que querrá ser como él y también tenerlo. La metáfora paterna asegura al pequeño varoncito, que más adelante él podrá ser como el padre y tener eso que su madre desea. La salida del Edipo para el niño es una instancia de don, se le otorgan los “títulos” para ser un hombre en el futuro.

En cuanto a la niña, y coincidiendo con Freud, Lacan establece que la salida del Edipo tomará un camino diferente. No será identificarse con el padre, no querrá ser como él, sino que, a través del padre, ella sabrá dónde ir a buscar lo que le falta.

En su lectura de Lacan, Silvia Amigo (2005, pp. 213-218) explica que la feminidad se incorpora en la teoría psicoanalítica como un hecho de estructura, la significación fálica al no contenerlo todo, siempre algo podrá escapársele, abriendo así la posibilidad de lo único y diferente de cada sujeto. Establece que de no ser por lo femenino, existiría una probabilidad latente de que todo pueda ser significado y, en este sentido, crear un conjunto cerrado, totalitario de lo simbólico.

Puesto que el padre no puede aportar el significado de qué es ser una mujer, Lacan establecerá que no existe significante de lo femenino en el orden simbólico y por lo tanto, la mujer estará obligada a escribir sobre esa falta, sobre ese agujero, utilizando como soporte la significación fálica ya que de otro modo, sería todo goce, estaría sumergida de lleno en lo real, desde donde no tendría oportunidad de investir el orden del símbolo.

Soler (2008) da cuenta que el planteamiento lacaniano no se separa del falocentrismo inaugurado por Freud, sino que instaura una nueva lógica que lo amplía. Al otorgar al inconsciente el estatuto de estructurarse como un lenguaje, el falo no sólo va a representar la falta que determina la diferencia entre los sexos, sino que va a acuñarse dentro de la lógica del lenguaje y representará también “ la falta en ser que el lenguaje genera para todo sujeto, cualquiera que sea” (p. 42)

El significante fálico es protagónico, se posiciona como el significante amo determinante de la relación sexuada y de la diferencia entre hombre y mujer. Si bien queda establecido con Lacan, al hacer referencia a lo femenino, que el campo del goce no es abarcado en su totalidad por la lógica de la castración, sigue siendo el falo el que ordena lo significado en la dimensión simbólica.

## **Un encuadre que habilita a escuchar**

El breve recorrido realizado, impulsado por encontrar bases que pudieran dar significado a las vivencias de las distintas mujeres que vienen a consulta, nos otorga numerosos elementos para aproximarnos a una comprensión del papel protagónico que el vínculo con el otro materno tiene en la estructuración psíquica del sujeto.

La figura de la madre se erige como matriz simbólica que, a través de su mirada y sus palabras, propicia y habilita la identificación del niño y su entrada al mundo del deseo y el lenguaje. La castración de la madre permite la posición de falo imaginario necesaria en los primeros tiempos, determinante de la asunción del yo. Mediante la identificación con la imagen fálica el niño cumple una doble función: por un lado “es la pantalla en la que la madre engaña su deseo, y con el mismo gesto engaña al hijo.” (Carbajal, D’Angelo y Marchilli, 2012, p.91); y por el otro lado se produce la introducción al mundo del Otro en el Otro, del significativo.

Colette Soler (2008) a este respecto menciona que el niño requiere de los cuidados maternos para poder hacer frente a la vida pero, sobretodo, es la madre o su sustituto quien debe “poner la mano en la masa” y ser “la policía del cuerpo” (p.132) en lo que tiene que ver con incorporar y sujetar al niño de los mandatos civilizados de la sociedad en que se inserta. La ley materna es la encargada de propiciar el sometimiento del pequeño humano a las normas prescritas y de introducirlo en el mundo del lenguaje, a través de sus lógicas aprenderá a mediar su demanda y descifrar las respuestas que vienen del Otro; demanda y respuesta articulada, que a través del símbolo, regulan el goce. El rol protagónico de la relación madre – hijo según la autora, puede ser explicado por la calidad de objeto en la que cae el recién nacido, y como tal, del lugar que le es otorgado en el inconsciente materno a esa presencia en lo real, en el caso de que se le reserve uno. Se deberá descifrar, en cada caso, cuáles son los caminos de subjetivación que fueron recorridos desde esa madre a ese hijo/a reconociendo en cada paso, la subjetividad propia del otro materno y su manera de reconocer la falta y el modo de suturarla. De allí que, en el discurso de los sujetos en análisis, la madre hace presencia como la acusada:

Imperativa, posesiva, obscena o, al contrario, indiferente, fría y mortífera, demasiado

aquí o demasiado allá, demasiado atenta o demasiado distante, ella atiborra o priva, se preocupa o descuida, rechaza o colma: es la figura de sus primeras angustias, el lugar de un insondable enigma y de una oscura amenaza. En el centro del inconsciente siempre están las faltas de la madre... (Soler, 2008, p. 130)

Siendo al nacer totalmente indefensos, somos lanzados a los brazos de un deseo que nos excede y nos toma de rehén. Nuestra supervivencia depende de ello. Ese Otro que nos aloja, ese instinto maternal que posibilita la vida, es a su vez un entramado de muchas cosas, algunas de las cuales hemos podido vislumbrar.

La teoría, ciertamente siempre inacabada, aún más en lo que tiene que ver con el Psicoanálisis, nos otorga un marco de referencia para poder pensar. En este sentido, podemos rastrear en Lacan un concepto que nos permitirá calar un poco más hondo en la dimensión materna, en ese momento en que eclipsa la totalidad de la vida del sujeto y su posterior desenlace.

Tiene que ver con el deseo, y posibilita una nueva mirada, un más allá en esta historia primitiva. Se trata del estrago.

### **Capítulo 3: El estrago materno**

#### **Al inicio, fue el estrago materno**

Aunque hablar del estrago aparece casi al final de este recorrido teórico, fue de donde todo partió. Las primeras noticias de este constructo aparecieron en supervisión, cuando los distintos casos eran compartidos y discutidos en el dispositivo académico en el que se transitó la práctica de graduación. Su primera enunciación fue planteada como una posibilidad, como una herramienta para habilitar una lectura desde otras coordenadas. El desconocimiento era total, pero había algo en esas dos simples palabras que impulsaron la búsqueda. “Estrago materno”, quedó resonando entre la multitud de interrogantes y enigmas que surgían al escuchar los discursos de aquellas mujeres. ¿Cómo aquellas madres tenían tanto poder sobre

estas hijas?, ¿por qué el deseo de las consultantes sucumbía ante la imposición materna?, ¿qué era lo que les impedía salir de esa posición?, ¿por qué aquello las hacía sufrir?, ¿qué era lo que había allí?.

Dos intervenciones realizadas dan cuenta de estas peculiaridades que se presentan en la clínica actual. No se profundizará en los detalles de las consultantes ni de los procesos. A modo de narración se buscará mostrar el protagonismo de lo materno en el despliegue de las problemáticas. En la práctica de integral se trató de una adolescente. La adolescencia, como etapa evolutiva, presenta sus complejidades propias que, en este caso, parecían profundizarse en el entrecruzamiento con la relación con el Otro materno. La conflictiva de la consultante parecía emerger desde una demanda de atención y cariño que, según su discurso, la madre no había podido satisfacer. La posición de hija no deseada interpela a esta adolescente en varios momentos. Sintiendo no amada ni valorada por quien le dio la vida, ensaya en acto una serie de salidas, como búsqueda de aquellos significantes no encontrados en lo materno. La exigencia de afecto hacia la madre es mudada hacia la pareja. Ese otro varón, es colocado en el lugar de la demanda y es a él ahora, a quien se le exige muestras de distintos tipos que den consistencia a ese sentimiento anhelado de sentirse amada y deseada.

El caso de una mujer profesional jubilada, mostraba la otra cara. Su discurso, desplegado en la práctica de Graduación, era el de una mujer madura e inteligente, pero a su vez, atrapada en un vínculo que la estragaba. Convivía con un otro materno al que no podía enfrentar, el temor dejaba verse y no sólo se manifestaba en sus palabras y en sus actos, sino que también empezaba a producir efectos en su cuerpo. Colocada en un lugar casi de sumisión, esta mujer encontraba en el vínculo con su madre no sólo una incomodidad permanente y un sentimiento agobiante; sino también una pesada carga que la mantenía presa, sin encontrar herramientas que operaran de corte. Entendía que su única posibilidad implicaba dejar de convivir con aquella madre, pero sólo la opción de pensarlo la introducía en una encrucijada de la que no encontraba salida. Quedaba así colocada como soporte de un otro materno que le recordaba, una y mil veces, que su vida había sido un sacrificio, un sacrificio por ella. Como consecuencia, parece establecerse un mandato silencioso al que la

consultante debía responder donando también su vida y su deseo al capricho materno. Parecía quedar atrapada en ese interrogante primitivo del Che vuoi? ¿Qué quiere esa de mí?.

En el caso de la adolescente también parece presentarse la interrogante sobre el significado que como hija, y como mujer, podría tener en la dimensión materna. Una madre que parecía haber cumplido con los cuidados necesarios en los primeros tiempos, pero que era denunciada por ser carente en su sensibilidad y en sus manifestaciones de atención y cariño. En muchos momentos parecía escucharse un pedido a gritos a modo de un “mamá amame, besame, abrazame, reconóceme” que no lograba encontrar réplica en el terreno del Otro materno.

En este punto Soler (2008) plantea que el sujeto aborda la interrogante acerca de su ser, desde las coordenadas establecidas por el enigma que le confiere el deseo materno. Descifrar tal misterio tiene sus momentos de palabra y de silencio. Lo dicho, el deseo articulado, actúa como decreto y legisla dejando “(...) huellas en la memoria, en la que se encuentra la voz a veces destructora y persecutoria de sus palabras, de sus imperativos y de sus comentarios... inolvidables.” (p. 136). Por el otro lado, lo no dicho tiene también sus efectos, puesto que existe toda una significación más allá de la palabra que el niño logra captar. Es capaz de leer lo indecible del deseo materno en su búsqueda de conquistar su amor y encontrar el sentido de sí mismo en quien cree que puede tenerlo.

Aproximarse a una comprensión del estrago materno requería un indefectible recorrido psicoanalítico de sus fundamentos, de la mano de sus protagonistas principales. Así fue que en las líneas anteriores se intentó atravesar los cimientos que posibilitaron a Lacan dar cuenta de esta lectura del especial vínculo con el otro materno que lo llevan a conceptualizarlo como un estrago.

Es de interés presentar dos citas de Lacan en referencia a esa ligazón-madre primitiva. En el seminario “El reverso del psicoanálisis” (1969-1970/2008) dirá:

El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultar indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la

boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces, trataré de explicar que había algo tranquilizador. Les digo cosas simples, improviso, debo decirlo. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra. (p.118)

A través de la boca de cocodrilo, Lacan escenifica los fantasmas de devoración materna implicados en los albores del Edipo, cuando la ley de la madre, caprichosa, toma al niño sin la mediación del falo, haciéndolo su súbdito. Ella en cualquier momento puede cerrar su boca, hacer su voluntad, devorar al niño si es que no interviene la función paterna como mediadora, como el palo que traba la mandíbula e impide la mordedura. La ley paterna aparece como segunda, asegurando la salida del niño de la voracidad materna, habilitando la separación de la madre de la mujer, dándole entrada a la castración a través del significante fálico.

Posteriormente en “El atolondradicho” (1972/2012) establece:

(...) la elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es en él pez en el agua, por ser la castración en ella inicial (Freud dixit), contrasta dolorosamente con el estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer más subsistencia que del padre, lo que no pega con ser su segundo en este estrago. (p.489)

El padre, encargado de oficiar de corte, separando a la niña de la madre, parece resultar insuficiente en esta búsqueda del enigma de la feminidad para la mujer. La significación fálica, el Nombre del Padre como sustituto del Deseo de la Madre, parece no abarcarlo todo, algo se le escapa. Hay algo del goce de la madre, en tanto mujer, que no es recubierto por la ley paterna y es allí donde se da cuenta del estrago, como un trozo del deseo materno que escapa a la regulación simbólica. Para dar cuenta de eso incapaz de ser simbolizado, Lacan va plantear una cuestión de estructura: la forclusión del significante

femenino. No existe significante sexual para la mujer en el inconsciente, parte de su goce queda sostenido en lo real, y este es el terreno del estrago.

Jacques-Allain Miller (2005) en su artículo “El niño entre la mujer y la madre”, nos presenta elementos pertinentes para seguir pensando esta cuestión. Allí se sostiene la importancia de la operación de la metáfora paterna sobre el Deseo de la madre como condición necesaria para posibilitar el acceso a la posición sexuada y hace hincapié en el polo materno y en la manera en que la mujer asume su maternidad. En este sentido plantea que la figura materna debe cumplir un rol doble: vehiculizar la ley paterna por un lado, y evitar convertirse en “demasiado madre” dejando a un lado su ser mujer. En un escenario de exceso de lo materno se corre el riesgo de que el hijo/a sature la falta en que se apoya su deseo. De este modo se convertiría en “toda madre” dejando al niño en posición de objeto que tapon.

La conflictiva también se plantea del lado de la metáfora paterna, pues el significante Nombre del Padre no sólo debe intervenir acotando la acción del Deseo de la Madre a través de la ley simbólica por él promulgada; sino que debe producir una hiancia y disuadir a la madre más allá del hijo. La metáfora paterna deberá entonces introducir al varón más allá del padre, como punto de anclaje del significante del deseo de la mujer más allá de la madre.

Miller (2005) introduce la idea de “metáfora infantil” para trasladar la discusión del lado del niño, estableciendo que sólo es lograda cuando falla la identificación fálica en cuanto a ser aquello que le falta a la madre y logra situarse más allá, asumiendo su castración simbólica. Este movimiento exige, insiste, en que sea reconocida la mujer en la madre. Que se preserve el no-todo del deseo femenino requerirá de una doble condición: “(...) que la metáfora infantil no reprima en la madre su ser de mujer” y que la metáfora paterna sea habilitante de la función viril.

“(...) la función viril solo se realiza en la paternidad si ésta es consentimiento a que esa otra sea Otra, es decir, deseo fuera de sí. (...) A falta de admitir lo particular del deseo en el otro sexo, el padre aplasta en el hijo al sujeto bajo el Otro del saber. Por eso el padre, el falso padre, obliga al hijo a encontrar refugio en el fantasma materno, el fantasma de una madre negada como mujer.”

Mario Goldenberg (2008) va a trabajar la noción de estrago de la mano del superyó femenino haciendo del síntoma la contracara. Explica que tanto síntoma como superyó están relacionados con el goce. La diferencia radica en que el síntoma refiere a una manera de gozar mientras que el Superyó es un mandato de goce, lo que le permite articularlo con el estrago.

En este sentido, Mosquera (citada en Goldengerg, 2008) plantea que las referencias al Superyó femenino desde el psicoanálisis lacaniano son intentos de decir algo con respecto a la mujer y sus goces apoyando su afirmación en una referencia a Miller (1984) que lo significa como máscara del goce femenino.

En referencia al superyó que entra en escena, es interesante el recorrido que realizan Batla et al. (1997) de los postulados de Melanie Klein. Desde esa óptica encuentran que Klein (1986) elabora dos desarrollos del superyó. Por un lado el superyó paterno precipitado por la interdicción paterna en el complejo de Edipo y luego el superyó materno estructurado en una fase anterior, preedípica. El superyó arcaico kleiniano queda exento de la mediación fálica y en este sentido lo significan a manera de pivote entre la ligazón madre preedípica enunciada por Freud y la teorización de Lacan referente al estrago y al Deseo de la madre.

El concepto de “deseo hostil” es también trabajado en el texto de Batla et al. (1997) con la idea de introducir lo planteado por Mabel Burin (1987) sobre la problemática compleja que deviene en el vínculo madre-hija. Ante la observación clínica de la dificultad que presentan estos dos personajes de la díada de separarse y discriminarse, quedando sujetas a un vínculo fusionado, Burin (1987) introduce el concepto de deseo hostil como el que posibilita la crisis de la doble identificación cruzada. Esta doble identificación cruzada da cuenta de una actualización de los procesos de identificación primaria que se reeditan, en donde “la niña se identifica con la madre en el proyecto de quien querría ser y la madre con la hija en el recuerdo de quien ella fue” (p. 45). De este modo se busca ensayar una salida al problema desmarcándose de la significación fálica propuesta desde las principales corrientes psicoanalíticas. El deseo hostil se define como originario en la fase anal y su papel es actuar a modo de separador y regulador de las diferencias, habilitando un lugar distinto donde alojar la pregunta por el ser. A través del juicio crítico impulsado por este deseo, la hija contará con

herramientas que le permitan interrogar la omnipotencia materna y por su lado, la madre, encontrará bases para cuestionar los ideales de belleza y de maternidad que le fueron conferidos.

### **Manifestaciones clínicas del estrago**

La observación de la clínica permite encontrar puntos de encuentro entre lo antes desarrollado y los testimonios de algunas mujeres al dar cuenta de su sufrimiento. La noción de estrago habilita coordenadas para descifrar algunas significaciones.

Se puede ubicar lo mortífero del vínculo con la madre como una constante en la vida de numerosos sujetos femeninos, sin embargo, los mayores efectos parecen producirse en su cercanía. Los momentos en que madre e hija deben compartir tiempo y espacio son los denunciados como los más devastadores.

En la adolescencia y en la juventud es donde comienza a aparecer parte de lo no-significado en las etapas iniciales del encuentro con lo materno. El camino hacia la asunción de un deseo propio parece obstaculizarse ante una serie de mandatos superyoicos erigidos desde ese Otro primordial. “(...) ¿de dónde proviene esta fidelidad profunda y enigmática que le torna imposible a esta mujer decidir su deseo o desear por fuera de su madre?” (Batla y otros, 1997, p.81). La pregunta es interesante y los autores plantean que la madre, puede posicionarse como quien todo lo sabe, en posición de amo, limitando la posibilidad de significación fálica por fuera de lo materno. De este modo la hija permanece sometida a la ley de una madre que se presenta a modo de oráculo, como absoluto, portadora de todas las respuestas; relegando a la hija en posición de súbdita.

La convivencia con el Otro materno, en muchos casos, no sólo tiene lugar en las primeras etapas de la vida; sino también en las últimas, cuando la edad avanzada de quien dio la vida requiere cuidados y son generalmente las hijas quienes se hacen cargo.

Este retorno a la convivencia con la madre, ya sea bajo el mismo techo, o en la dedicación de horas de atención en otro lugar; es terreno de grandes conflictivas y de reedición de dramas primitivos que vuelven a surgir con potencia. Se pudo observar que, en el período de independencia logrado luego del abandono del hogar materno en la juventud,

además de la distancia, existen una serie de obstáculos que funcionan a manera de separador de lo angustiante de sostener ese vínculo con el otro materno. Los estudios, la pareja, los hijos, el trabajo pueden pensarse como elementos que actúan a modo de bloqueo, de cortina, de pivote que se interpone a los efectos del Deseo de la Madre. A medida que esas pantallas se van desvaneciendo, porque los estudios culminan, los hijos crecen y la vida laboral llega a su fin; se dificulta encontrar un “palo” que salga al auxilio frente al peligro que significan esas fauces abiertas. El escenario parece poco alentador a la hora de hacerse cargo de una madre anciana para algunas mujeres que no han logrado una posición distinta y parecen haber quedado fijadas a un deseo que se hace poco soportable. En estas situaciones se puede sospechar una identificación fálica de estas hijas en cuanto al Deseo de la Madre, ancladas como eso que tapona la falta materna. La metáfora “carga pesada” se escuchó en varias intervenciones en relación a lo materno. Una carga pesada que se hace insoportable, eso es el Deseo de la Madre y por mucho que se lo haya querido engañar, sigue estando allí, al acecho, buscando qué devorar.

Desde la clínica también pudo observarse la contracara. En la etapa adolescente, la asunción del deseo propio puede verse obturada por la hostilidad del vínculo con el otro materno. En circunstancias en que la figura materna no opera como sede que aloja el deseo de la hija, se pueden configurar escenas de reclamo del amor materno tal cual mendigo. ¿Por qué se sitúa también como un estrago? Porque parece también dar cuenta del Deseo de la Madre como exceso. Exceso de hija no deseada que inunda la subjetividad adolescente y que ante la ausencia de una figura paterna que oficie de corte, puede quedar allí sujeta, en el no-deseo, y en la no-significación implicada. La búsqueda parece quedar anclada a la del primer tiempo, en un intento incansable de ser el “niño fetiche” que satisfaga un deseo materno que se torna incomprensible y por momentos vacío. No pudiendo ver a la mujer más allá de la madre, la existencia de la hija se metaforiza en ocupar un lugar que pareciera no existir. Este no-lugar impulsa una búsqueda ensayo-error de otros sitios donde poder ser alojada: pasajes al acto a través de cortes, una búsqueda inagotable de una pareja que demuestre amor, abuso de sustancias o un embarazo adolescente, pueden ser algunas de las salidas. Estas manifestaciones dan cuenta no sólo del sufrimiento implicado, sino de la urgencia por intentar simbolizar algo de la falta en ser que produce un vaciamiento poco soportable. El deseo de la madre significado, en exceso, como un no-deseo de la hija, produce un estrago que parece aniquilar.

Es el exceso lo que hace daño, menciona Soler (2008) al referirse al deseo materno. Y establece que la operación introducida por Lacan al hablar del Deseo de la Madre habilita el reconocimiento de la mujer en la madre actuando como límite del goce materno. La mujer como no-toda, es también no-toda madre dejando terreno fértil a la operación de la metáfora paterna que inscribirá el ser no-toda para su hija, punto de separación necesaria para producir el hueco donde deberá operar la falta fálica que inviste al padre como el partenaire. De este modo la niña podrá habitar una posición distinta que la de ser objeto de deseo de la madre, a través de la angustia de castración, mediada por la intervención paterna, se posibilitarán identificaciones contradictorias y esto le permitirá luego asumir su propio sexo.

#### **Capítulo 4: Más allá del estrago materno**

##### **El padre como protagonista**

La función del padre, aún insuficiente, tiene su lugar en el estrago. El Nombre del Padre, como sustituto del significante del deseo materno aparece en escena pero de manera acotada en la historia de estos personajes, cuestión que parece no ser sólo casualidad.

McDougall (1998/2005) nos recuerda la importancia que la figura paterna tiene en el entramado familiar, y que cualquier posición que este adopte en la que deje a la madre como única responsable de los cuidados del bebé “corre el riesgo de delegar en el niño el rol de obturar las necesidades libidinales y los problemas inconscientes de la madre” (p. 37)

Las figuras paternas toman posiciones diversas pero el resultado parece ser el mismo: no operar como obstáculo separador eficiente entre el Deseo de la Madre y la subjetividad de la hija. En las consultas se encontraron padres ausentes, o que en su presencia, se desentendían de su rol parental. Esta limitada intervención y la inexistencia de otra figura que actúe como tal, termina exigiendo y encomendando los cuidados infantiles a la figura materna, lo que parecería favorecer la hostilidad en el vínculo madre-hija.

Una situación semejante parece desarrollarse en lógicas familiares patriarcales donde la ley paterna tiene toda su impronta prohibitiva. Ante estas funciones paternas potentes y autoritarias, la asunción del deseo por parte del sujeto femenino encuentran un obstáculo

difícil de sortear. El mandato paterno parece privar el acceso a cualquier objeto de satisfacción que se acerque a vulnerar su posición de amo. En estas circunstancias, generalmente la mujer está impedida de tomar una posición distinta a la maternal, y en el decir de muchas madres, deben “sacrificar” su vida en el cuidado y atención de sus hijos.

Este breve recorrido permite inferir que al no encontrar en el padre un lugar donde ser reconocida y alojada, parece no haber más salida para estas hijas que un retorno a la madre, cuyo deseo devorador parece ser de más augurio que el deseo aniquilador paterno cuyo mandato pareciera expresarse, en algunos casos como un “no existes”, y en otros como un “serás lo que yo determine”. La dinámica familiar ha puesto a estas mujeres en la única posición que parece posible, y es ahí, cuando no hay opción de fijación a algo más allá, que el estrago parece manifestarse con todas sus consecuencias y el goce materno tornarse poco soportable. En cuanto a la posición de la mujer en la madre, queda obturada por funciones paternas que obligan a acotar el deseo más allá de lo materno. La función viril, que apuntalaría la fijación de un deseo-otro habilitando la investidura fálica, parece estar ausente en estas figuras paternas.

Al hacer un repaso de lo transitado hasta aquí buscando un posible punto de cierre y conclusión, logra sorprender el protagonismo que, en un trabajo que pretendía hablar de la madre y su influencia en la estructuración psíquica de la hija, termina teniendo también la figura del padre. Es necesario confesar la sorpresa de lo no esperado irrumpiendo ahora en mi Trabajo Final de Grado. Quizá una salida pertinente podría ser borrar y empezar de nuevo, pero ¿no es acaso una de las enseñanzas fundamentales del psicoanálisis el cuestionamiento permanente de la teoría y nuestras prácticas? Se considera enriquecedor mantener la evidencia que permitió, en el recorrido, llegar a este punto de poner un signo de interrogación al marco de referencia que fue planteado. Interrogarlo no significa una inminente pérdida de su estatuto de validez, pues ha operado como peldaños certeros que posibilitaron el camino hacia un puerto desconocido, y al que quizá, no se hubiera podido llegar de otro modo.

A lo largo del desarrollo se ha dado cuenta de los lugares estratégicos de intervención en los que la función del padre opera y su rol protagonista en la constitución subjetiva del niño o niña: portador del orden simbólico y separador de la díada primitiva madre – hijo/a interponiéndose como tercero en el drama edípico, para ser luego sujeto de identificaciones,

habilitando la asunción sexual del pequeño parlante. El estrago materno encuentra un terreno fértil cuando el padre se muestra como una respuesta ineficaz al goce del Otro materno. ¿Incluirá esa ineficacia del padre el "(...) modo cruel de ejercicio del protagonismo donde no puede dejar de ser amo"? (Fernández, 2018, p. 13)

Al pensar en los escenarios configurados por lógicas patriarcales que diagraman lo familiar, resalta la cuestión del padre operando como victimario impune, jamás cuestionado en sus actos, ni por las protagonistas ni por algún otro personaje. Esta situación favorece el enfrentamiento madre-hija, haciéndose culpables una a la otra sin siquiera permitirse interrogar lo invisible, lo naturalizado: que el padre, como si fuera el amo, era portador de una ley casi sagrada.

Hay otra pregunta que interpela al mismo tiempo que estas líneas se van produciendo. La escucha y mirada clínica ensayadas en las instancias prácticas pre-profesionales abrieron múltiples interrogantes referidas a lo femenino y lo materno. En el intento de resolver el enigma, y llegar a estos puertos ¿cuánto tiene que ver con lo transferencial del vínculo con las consultantes y con lo compartido con ellas en lo referente a ser mujer? Ciertamente hay una interpelación en el sentido de la constitución de la feminidad que acompañó el proceso desde el inicio. Y en la búsqueda de respuestas para estas mujeres, surgían interrogantes y puntos de encuentro que lograron atravesar la posición de escucha. En aquel momento, y aún acompañando con un proceso de análisis, muchas de las cosas que hoy se manifiestan no habían sido visibles. Parece que también tuvo que presentarse una demora, un tomar la lectura clínica casi un año después, para que ciertos fragmentos de la historia puedan irrumpir.

Joyce McDougall (1998/2005) pone en escena parte de la significación que puede adquirir el encuentro entre la analista y su analizante del mismo género. La escucha de su paciente Marie-José, quien a lo largo del proceso trabaja en relación al vínculo con su madre y su feminidad, se ve obstaculizada por la presencia de diques inconscientes del analista. No fue sino hasta la manifestación de ese resto, a través de un sueño, que McDougall pudo asir e interrogar aquello que se le presentaba por vez primera y desconocía por completo. Ampliar su escucha y encontrar una salida posible al padecimiento de Marie-José sólo fue posible luego de poner a trabajar lo contratransferencial. Su propia relación con el Otro materno y los deseos eróticos que la investían, era la temática que estaba en juego y que velaba parte del material clínico. Intentar penetrar junto a la analizante en el mundo de lo femenino e ir al encuentro, en el camino, de lo materno, pone a ambas protagonistas del vínculo transferencial

de frente con sus propias historias inconscientes en relación a la ligazón primitiva con la madre y al deseo. Es importante no sólo lograr identificar estas cuestiones sino también integrarlas al análisis, convirtiendo el proceso analítico, en un viaje, como lo llama la autora, en el que los pasajeros son dos. (pp.45-59)

Como se venía desarrollando, en el intento de dar cuenta del estrago materno, aparece en algunas novelas familiares este padre de severidad potente, que parecía tener muchos de los rasgos que se habían descrito antes para la madre: se mostraba omnipotente, imponiendo su mandato y su ley a su capricho autoritario. Fue en ese punto que surge la pregunta ¿existe el estrago paterno también? Un rastreo bibliográfico permite encontrarlo como un concepto que está en construcción de la mano de la psicóloga argentina Ana María Fernández.

### **Lógicas patriarcales invisibles y naturalizadas**

La autora argentina propone y alienta una mirada crítica de la clínica y las teorías que sustentan sus marcos de referencia, junto a una necesaria atención a “las subjetivaciones y formas de vincularse propios de una época.”(Fernández, 2018, p.4). La misma logra establecer un discurso que interroga un posicionamiento del psicoanálisis que alberga en sus postulaciones y desarrollos lógicas patriarcales y biopolíticas. En este sentido, se intenta visibilizar que tanto los vínculos entre hombres y mujeres como los procesos de constitución subjetiva, son penetrados y moldeados también por las características socio-históricas de la época. Hablar de qué significa ser una mujer hoy, requiere un posicionamiento desde aristas actuales, con una obligada revisión de los lugares de escucha determinados por teorías que fueron forjadas hace ya muchas décadas.

Tomando lo anterior como punto de partida, Fernández profundiza un cuestionamiento a modos de operar en la clínica que invisibiliza muchos mandatos patriarcales que han sido naturalizados, no sólo por quienes vienen a consulta, sino también por quienes escriben sobre ello y quienes sostienen en los consultorios el padecimiento de quienes los demandan.

La autora, en su artículo, se sirve de algunas conceptualizaciones de Fernando Ulloa muy interesantes, que habilitan a pensar en esta línea:

(...) lo cruel necesita siempre para desplegarse de un dispositivo sociocultural que llamó la encerrona trágica. Situación que tiene dos lugares: un victimario necesariamente impune, una víctima sin ningún auxilio, arrasada, estragada, en variadas modalidades y la falta de un tercero de apelación. (Fernández, 2018, p.7)

En las posiciones estragantes observadas desde la clínica, en la que la hija busca librarse de una madre que asfixia, mientras que la madre exige una presencia sacrificial de esta última, quien no debe defraudar el “todo lo hice por ti”. ¿Cuánto en esas historias tiene la complicidad de un padre que, en su crueldad, estragando las subjetividades de estas mujeres, las termina colocando en posiciones mortíferas una con respecto a la otra? Pues lo familiar es un juego que pretende ser protagonizado por todos los personajes, pero las reglas parecen haber sido diagramadas sólo por uno. Es pertinente traer el concepto de familia de Ulloa nombrado en el artículo de Fernández: “familia viene de ‘famulus, designando el conjunto de siervos y esclavos que pertenecían a un amo” (citado por Fernández, 2018) . Se puede constatar que en la sociedad actual son muchas las instituciones familiares que aún hoy promulgan esta forma de significar y hacer familia, casos que podrían integrar la categoría de “padres estragos”.

Emilce Dio Bleichmar (1992) se presenta como otra psicoanalista que interroga las teorías sobre las mujeres que emanan de los postulados psicoanalíticos tradicionales. Según esta autora, la concepción lacaniana del inconsciente como discurso del Otro, es lo que le permite sostener que “es el lenguaje el que sitúa a la mujer por fuera de la palabra, y por lo tanto de lo subjetivable.” (p.138). Bleichmar desarrolla que el falo, al ser el paradigma del significante, determina que el orden del lenguaje sea equivalente al orden fálico. En esta coyuntura, al ser la palabra la que estructura al sujeto y no existir significante para la mujer, la feminidad queda planteada como un misterio, un enigma a resolver, tanto para el hombre como para las mujeres mismas. Lo femenino queda subordinado a la fórmula lacaniana del no-toda, no toda en el orden simbólico “lo que implica por contrapartida, UN POCO fuera de la ley. Fuera de las leyes que hacen al ser: humano y parlante” (p. 139). De este modo, la solución planteada desde Lacan según la autora, consiste en la organización del sujeto por vía fálica, “masculinizándose por la vía del artificio, del simulacro, de la mascarada de la feminidad, de ese eterno parecer algo que no es, o de tener algo que no tiene...” (p.140).

Como una posible respuesta a estas cuestiones, Fernández ensaya un “psicoanálisis sin coartadas” que implica poder interrogarse y pensar sobre:

- las condiciones, no solo psíquicas, sino socio-institucionales para el despliegue de las impunidades de quienes están “habilitados” para ejercer crueldad.
- las relaciones de poder constitutivas de lo familiar de la familia, es decir la desnaturalización-visibilización de las lógicas patriarcales en las que se ha constituido lo psíquico.
- la desnaturalización-visibilización de lógicas patriarcales en los relatos teóricos de la dimensión edípica.
- las condiciones de posibilidad entre lo cruel que se escucha en la consulta y las otras formas de crueldad “social” en esta etapa del capitalismo mundial desregulado.
- no realizar reduccionismos familiaristas de las operatorias de las lógicas patriarcales, ya que actúan en complejos entramados en las alianzas Capitalismo-Patriarcado-Estado. (Fernández, 2018, pp. 7-8)

### **Consideraciones finales**

Los tránsitos clínicos dentro del recorrido académico, el marco conceptual que posibilita y enmarca la mirada y la implicación de quien escribe, fueron los hilos. Cada uno con su color y textura propia, posibilitaron este “tejido” particular. La primer hilvanada se situó en la repetición, en un elemento constante cristalizado de las palabras de algunas mujeres y sus modos de goce enigmáticos. Los primeros trazos fueron propiciados no sólo desde la repetición de la problemática en los discursos, sino también desde la insistencia de la problemática en el entramado vincular de las distintas historias. Así fue que la relación madre-hija se posicionó como protagonista del padecimiento no significado de estas mujeres en una primer instancia. El abordaje del asunto buscó su apoyo en el Psicoanálisis y el camino se inició de la mano de Freud.

La teoría psicoanalítica, desde sus inicios, ha hablado en relación a la mujer y lo materno. La clínica de la mujer interpelaba profundamente a Freud, quien ponderó la ligazón-

madre como fuente de fijaciones libidinales intensas que estructuraban el mundo psíquico femenino. Sus desarrollos sobre la sexualidad infantil, el complejo de Edipo y de castración, ejes fundamentales de su teoría, no bastaron para dar cuenta de la interrogante que lo acompañó hasta el final de sus días: ¿qué es lo que quiere una mujer?. Sin embargo, en el camino, ensaya todo un desarrollo que coloca a la mujer del lado de la falta fálica, de la ausencia y la envidia del pene; donde lo femenino es definido únicamente en relación al hombre que sí tiene y que podrá, por tanto, darle eso que necesita para constituir su subjetividad. De este modo Freud planteará la maternidad como el camino normalizante de toda mujer, que encontraría en su hijo la sutura de su falta, la presencia que no le fue dada cuando todo se originó. Este marco conceptual resulta insuficiente para dar cuenta de las vicisitudes que encarna el vínculo con lo materno y la constitución de la feminidad; pero nos direcciona en profundizar sobre la relación preedípica madre-hija como sede principal de la problemática.

La búsqueda de respuestas en la teoría Lacaniana es una labor compleja. Se requiere emprender muchas lecturas simultáneas previas para aproximarse a la comprensión de los conceptos que este autor pone a trabajar en sus desarrollos. Su retorno a Freud propone un movimiento epistemológico innovador y una lectura de la teoría psicoanalítica desde otras lógicas. El significante fálico, la metáfora paterna y el Deseo de la Madre son categorías que utiliza para dar cuenta de la estructuración inconsciente en las primeras etapas del desarrollo humano. En cuanto a la problemática planteada del vínculo madre-hija, Lacan va a situar, al igual que Freud, en la etapa preedípica (o primer tiempo del Edipo desde Lacan) el centro de la conflictiva. El estrago materno aparece en escena a la hora de hablar del Deseo de la madre en esta etapa primitiva. Éste puede ser considerado como un fenómeno que deviene del encuentro sin velos con el Deseo de la Madre. Este Otro primordial y sus mandatos insensatos, establecen imperativos mortíferos de goce que penetran en la subjetividad del sujeto con efectos de devastación. Este marco de exceso de lo materno es obturado, en parte, por la presencia del significante paterno en la estructura, quien opera a modo de “palo” que puede impedir el cierre de las fauces abiertas por la “madre cocodrilo”. La lógica fálica se introduce para dar significación a lo femenino desde la posición de madre y de hija. Para la primera, el recurso fálico le permitirá asumir su castración y su papel de mujer más allá de la madre. Para la segunda, la salida fálica le confiere la posibilidad de escape de lo insaciable del Deseo de la Madre, habilitando a ocupar un deseo propio. Lacan irá un poco más allá en

esta cuestión y establecerá que la lógica de la castración no llega a recubrir la totalidad del goce femenino, estableciendo que no existe significante para la mujer en la estructura. De este modo, le confiere a la mujer un plus de goce que no podrá ser simbolizado, definiéndola como no-toda.

El estrago materno fue abordado en el trabajo como posible respuesta al goce mortífero que se desprendía de algunos tipos de vínculos entre madre e hija. En el camino, surgieron nuevas interrogantes que tenían que ver con la constitución de la feminidad en el seno del Psicoanálisis y el lugar del padre en el circuito del deseo dentro de esa diada particular. En este sentido, como posible conclusión al presente trabajo, se podría expresar que la teoría lacaniana ofrece elementos trascendentes para poder pensar en lo que acontece en la intimidad del vínculo con el otro materno, pero la cuestión no puede quedar agotada allí. A mi entender, se hace necesaria una revisión de los fundamentos que posibilitan la lectura de lo femenino, como lo han venido haciendo algunos autores, en la que deben intervenir otras aristas que visibilicen los silencios y omisiones que la teoría psicoanalítica ha venido repitiendo desde sus inicios. La mujer ha sido pensada desde lógicas masculinas que determinan sus condiciones de posibilidad. Aunque se ha abandonado la desigualdad anatómica como sede de la diferencia entre los sexos, desde Lacan, ha sido re-situada en el terreno simbólico, donde lo fálico gobierna el orden y determina la estructuración psíquica del sujeto.

La clínica debe ser pensada asumiendo este compromiso de reflexión e interrogación de la teoría en sus puntos críticos, con los que quiero significar aquellos que se naturalizan y se reeditan sin un cuestionar honesto de sus modos de operar. La mujer y la cuestión de lo femenino se instaura de este modo como un campo problemático abierto a continuar siendo pensado y estudiado.

## Referencias bibliográficas

Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones

Batla, E., Criscaut, J., Favret, E., Freid, S., Nematic, A., Rossi, L. y Valla, D. *Un estrago. La relación madre-hija*. (1997). Tucumán: Ediciones Publikar

Carbajal, E., D'Angelo, R. y Marchilli, A. (2012). *Una introducción a Lacan*. Buenos Aires: Lugar Editorial

Fernández, A. (1992). *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*. Buenos Aires: Paidós

Fernández, A. (2018). *Clínica y crítica: aportes para un abordaje psicoanalítico de la crueldad*. Recuperado de:  
<http://www.anamfernandez.com.ar/2019/08/30/publicaciones-nacionales-2018-clinica-y-critica-aportes-para-un-abordaje-psicoanalitico-de-la-crueldad/>

Freud, S. (1992). Estudios sobre la histeria. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 2, pp. 47-70). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893-1895).

Freud, S. (1992a) Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1992b) Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).

Freud, S. (1996). 33° Conferencia. La feminidad. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).

Goldenberg, M. (2008). *De astucias y estragos femeninos*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

Lacan, J. (2006). El seminario. Libro XX. Aún. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1972-1973)

Lacan, J. (2008). *El seminario*. Libro IV. La relación de objeto. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1956-1957)

Lacan, J. (2008b). *El seminario*. Libro XVII. El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1969-1970)

Lacan, J. (2010). *El seminario*. Libro V. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1957-1958)

Lacan, J. (2011). *El seminario*. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1964)

Lacan, J. (2012). El atolondradicho. En *Otros escritos* (pp. 473-522). Buenos Aires: Paidós

(Trabajo original publicado en 1972)

Marucco, N. (2007). *Entre el recuerdo y el destino: La repetición*. Recuperado de:

<https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200710502.pdf>

Mc.Dougall, J. (1994). *Teatros de la mente. Ilusión y verdad en el escenario psicoanalítico*.

Madrid: Julian Yebens

Miller, J. (2005). *El niño entre la mujer y la madre*. Recuperado de:

<http://www.revistavirtualia.com/articulos/562/virtualia-13/el-nino-entre-la-mujer-y-la-madre>

Nasio, J. (2013). *El Edipo: el concepto crucial del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós

Nasio, J. (2013b). *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?*. Buenos Aires: Paidós

Soler, C. (2008). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Paidós.

Zawady, M. (2012). *La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura*. Recuperado de:

<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/36136>